

CARRUSÉL DEL TIEMPO

000 202 260

Manuel Rojas: treinta años en la "inmortalidad"

OSCAR GUZMÁN SILVA

"Ya he dicho que empecé a escribir sin tener la menor idea de lo que escribir significaba; no sabía gramática y mi ortografía era precaria; ignoraba que existiese algo que se llama estilo y jamás había oído hablar de retórica. Si alguien me hubiese propuesto estudiar todo eso, me habría reído. ¿Para qué? habría preguntado, con la suficiencia que lo haría un escritor joven de estos días. Si hubiese podido estudiarlo me habría ahorado esfuerzos que pude haber destinado a conseguir resultados más valiosos. Pero no pude hacerlo; nadie, además, me lo propuso. Vine a estudiar esas materias cerca de cuarenta años después, cuando quise enseñarlas a jóvenes que no tenían interés en aprenderlas. Sólo se interesaban en tener pronto un empleo y casarse, lo cual tampoco es malo".

La confianza, o mejor, reflexión, es de Manuel Rojas. Puede leerse íntegra, en "Algo sobre mi experiencia" que es un jirón de la propia cosecha, donde cuenta sobre su vida y su obra, esta última, a veces desconocida por algunos críticos de la época. Ahora, al saber todo acerca de la trayectoria del autor, quizá sintieran rubor de haber negado que "Hijo de ladrón", traducida a cinco idiomas, precisamente como novela ejemplar, archi editada, era una novela...

Existencia dura la suya, desde que nació en Buenos Aires, 1886, hijo de padres

chilenos, pobres como lo fue él, los que ahora, algunos editores de sus libros, alden Los Andes, pretenden que eran argentinos. Sacrificado desde que emprendió su segundo viaje a Chile —el primero fue a los cuatro años y se habla borrado de su memoria—, porque cruzó gran parte de la cordillera a pie. No tenía oficio, pero sí muchas aptitudes, además un natural sentido de la filosofía que lo ensajaba, de un trabajo a otro, sacando partido, sudando y aprendiendo. "Mucho debo a tanta gente, dijo alguna vez; también a los anarquistas, pues para quien no tiene otras realidades, las que encuentra al paso siempre son buenas. No envejecieron mi alma, tampoco mi mente, con sus ideas y si lo intentaron, mi vocación final me llevó por otros senderos. En cambio, me prestaron libros y conocí a los autores que jamás habría podido leer, como ocurrió en mis días de niño cuando economizaba para comprar algún tomo que, en mi bendita ignorancia, resultó ser todo lo contrario de lo que había imaginado".

En su "Antología autobiográfica" hay más que en la simple cita anterior, evocada de un diálogo que tuvimos cuando la Municipalidad de Valparaíso lo ungó "Hijo Distinguido", en la muy grata compañía de Salvador Reyes y Joaquín Edwards Bello, quien sí había nacido en la ciudad. El Puerto, donde trabajó en menesteres menores, pero

con el corazón y los ojos abiertos, iba a dictarle "Lanchas en la Bahía", donde al igual que en casi toda su producción, sin anotar, él es protagonista, aunque se llame Arturo Baeza, cuidador de faluchos, Luis Hevia, en el ya citado "Hijo de Ladrón" o Aniceto Hevia, el de "Mejor que el vino".

¿Cómo pudo empujarse, así que los señores veían como "roto entrometido"? Pues, logrando lo que ellos ni siquiera intentaron.

Espíritus selectos, visionarios, creativos del Grupo de los Diez, donde

pensaban, Pedro Prado, D'Halmar, Santivan, Alfonso Leng —aquél músico de la abertura "Aliso", basada en el tema inmortal de Prado—, lo echaron a las letras con sus primeros versos. Sus relatos "Laguna" y "El hombre de los ojos azules", premiados en concursos, en Argentina y "El Delincuente", galardonado en el certamen Marcial Marulles y por Atenea, dibujaron la silueta del escritor macizo que, a la manera requerida por los narradores norteamericanos, había vivido y sufrido mucho; tenía, por eso, tanto

para contar. Sus personajes poseen cuantía propia, aunque estén anclados, a veces, en la vida nocturna: gente de mar, prostitutas, mineros, peones, contrabandistas; sumidos en rías, alcohol, miseria; a pesar de todo, refulgentes de humanidad.

Hay en sus versos, esa herida del amor angustiado de "Deshecho rosa", lacranía por la muerte de la mujer amada. Y en la prosa, rica, estremecedora, una vena irónica que, se ha dicho, "es burda delicada, pulsada con extrema discreción". Estilo notable para quien se preguntaba si, en realidad, existe el estilo o no pasa de ser un adorno que impide la expresión directa. ¿Acaso no es verdad que, tras analizar prohombres de las letras, definió lo que se dice es discutible cualidad, apuntando "pero si tiene estilo querrá decir que, a pesar de todo lo malo que pueda decirse de él, es un gran escritor".

Hojas tuvo que luchar contra la sordera humana y si lo mordieron los desencantos, ahí estaría, escondidos, sin quejas ni resquemores, en boca de algunos de los seres auténticos que su pluma dibujó con acenación magistral.

Viajó. De lego se transformó, sin buscarlo, tan sólo preguntándose: ¿Qué hay que saber? y tratando de saberlo, en mentor de juventudes, mientras sus escritos se le adelantaban a las universidades norteamericanas, donde él llegaría, invitado, para que su presencia y su lenguaje sembraran la sabiduría ganada en una existencia hecha de sudor físico e intelectual, que mantuvo hasta su muerte, el 11 de marzo de 1973.

Hay se cumplen, quedamente, treinta años de su acceso a la "Inmortalidad" de los Premios Nacionales de Literatura. No fue empresa fácil, porque ese año de 1957, como todos los años, en medio de los juicios honestos y de buen juicio, también hubo aquellos que creen, siempre y todavía, que la política posee mayor fuerza que el talento.

Tanto caminó el país, bebiendo con ansias las costumbres y recogiendo bocetos orales, que a la hora de escribir ensayos tenía que desbarcarse de los temas que, oídos o palpados años atrás, le perseguían con perla como la del personaje de "Niebla" que se encara a Unamuno. Fue la suya, una manera certera de ver las cosas. Las sintió más allá de las buellas y cicatrices; para poder convertirlos en obras de arte. Alguna vez dijo: "Sabemos que ciertos sentidos están más desarrollados en los ciegos que en los videntes, el tacto, por ejemplo, el oído y aun el olfato o el gusto. Pienso, que para ser artista —y dios que algún día lo sea— habría que alimentar el alma con el manantial de la sensibilidad".



Escritor Manuel Rojas

Manuel Rojas, treinta años en la "inmortalidad" [artículo] Oscar Guzmán Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán Silva, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuel Rojas, treinta años en la "inmortalidad" [artículo] Oscar Guzmán Silva.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile